

Paraninfo de la Universidad de la República

Ante todo, quise agradecer vuestra presencia compartiendo la audición de esta breve obra de Schubert, que llegó merced a la interpretación de Santiago Mesa, cuyo talento y vocación musical me admira desde que era niño.

Debo decir, desde el comienzo, que haré uso de la libertad de opinión y por tanto, cuanto diga no comprometo sino a mí mismo.

También debo anticipar mis excusas ante el sector del auditorio conformado por mis compañeros y amigos. No me referiré al entrañable pasado compartido. Mis íntimos saben que tampoco a ellos, a quienes debí y debo tanto.

En lo personal debo expresar que fue en la Facultad de Medicina y en la Asociación de los Estudiantes de Medicina donde nació y se desarrolló toda mi formación universitaria. No soy sino un hijo devoto de esta Universidad.

Dejo constancia expresa de mi reconocimiento emocionado a la fraternidad generosa con que fui amparado en Cuba y México.

De mi vida, no corresponde que diga más nada.

Cuanto diré fue elaborado pensando en el futuro de nuestra Casa y de la sociedad. Este más allá se decidirá en el más acá inmediato de los jóvenes. No nos resignamos al juicio nostálgico de que todo tiempo pasado haya sido mejor. La convicción firme y esperanzada es que todo tiempo futuro deberá hacerse y ser necesariamente, mejor.

Al hacerme cargo de la distinción recibida – y unir al agradecimiento una percepción personal de exageración – no encuentro mejor forma de aceptarla que trasladándola –así sólo sea simbólicamente– a tantísimas personas que con su esfuerzo cotidiano y comprometido han hecho de la Universidad de la República todo lo que es y significa.

No por desagradecido ni por exceso de modestia es que prefiero sentirme uno más entre muchos y valorar a cada uno como un par.

Lo extiendo pues a quienes han gestado con su esfuerzo y talento, una docencia de calidad. También a quienes han sido indispensables en la realización de muy diversos trabajos poco advertidos, pero sin duda vitales.

Todos han hecho sus tareas –docentes y no docentes– sin esperar reconocimiento alguno. Identifica a todos, sin excepción, la ética de la responsabilidad y el compromiso. Lo digo con convicción testimonial.

He aprendido a apreciar, desde la cercanía, las contribuciones silenciosas del trabajo cotidiano y ello no me genera sino gratitud.

Sorprende el desacuerdo que existe entre un aporte institucional tan fuerte como el realizado por la Universidad de la República y lo mal advertido, reconocido y valorado que ha sido por parte de los sucesivos gobiernos.

En agosto de 1968, *Carlos Quijano* –maestro de ciudadanía– expresó en un titular de portada de "Marcha": "*la Universidad es el país*".

Su protesta fue en la época en que la represión y el asedio del gobierno de la predictadura llegó al extremo de la criminalidad.

La dictadura, pocos años después, intervino la Universidad e hizo enorme daño.

Ahora otro aspecto: la incomprensión ha tenido, también, expresión material en la adjudicación de recursos. La Universidad ha aprendido a convivir con la penuria: sufrido aprendizaje.

Previamente a la instalación de la dictadura, en el acto de inauguración de cursos, recibimos a los estudiantes que ingresaban a la Facultad de Medicina diciéndoles: "bienvenidos a la Universidad más pobre y más digna de América Latina".

El gobierno había llegado a adeudarle a la Universidad un año entero en el rubro de gastos de funcionamiento.

Es notorio el mayor aporte presupuestal a la educación que ha hecho el actual gobierno. Sin embargo, si bien se asignaron recursos para la ampliación progresiva de la vida universitaria a todo el país –notable proceso de enorme significado nacional– no se encontraron dineros suficientes para incrementar los recursos de esta antigua sede montevideana.

La autonomía de la Universidad tiene vigencia constitucional pero los gobiernos no la perdonan. Muchos aun reniegan de su existencia.

Ella es producto de una lucha histórica. Le fue arrancada al poder político en circunstancias en que se estaba elaborando un proyecto de reforma constitucional.

La negación de la autonomía significa *desconfianza y miedo a la libertad*.

La misma posibilidad de autonomía que posee la Universidad quedaba abierta constitucionalmente a los demás antes de la enseñanza. El gobierno "progresista" tuvo la oportunidad de hacerlo. Sin embargo, sintió similar miedo, cuando aprobó la ley de educación vigente.

Se homologó la estructura de poder centralizado – diseñada en la predictadura – que desconoció restos autonómicos que conservaba la enseñanza secundaria. También se gestaron triunviratos con el nombre – casi sarcástico – de consejos. Es un hecho que aquella ley inspiradora – tan ampliamente censurada – se elaboró para mitigar el miedo que sentía el gobierno en la predictadura.

Sin embargo, la estructura de poder siguió vigente. Ahora se habla de mayor autonomía a las unidades ejecutoras. Es curioso y significativo, puesto que el poder y las decisiones fundamentales siempre quedan en manos del partido político que gobierna con las consultas que decida – o no – hacer.

En ningún país con gobierno totalitario existe autonomía. En los países que se precian de ser democráticos, en materia de autonomía su postura es contraria y, por lo menos, totalizadora. El poder político no renuncia a sus pretensiones tutelares. Claro está, las orientaciones están expuestas a cambiar con cada período de gobierno, según una concepción y voluntad turnante.

Procede recordar lo que – con preclaridad – **José Pedro Varela** sostenía hace casi siglo y medio:

"Así pues, en todas partes hay ventajas y conveniencias positivas en hacer independiente de los otros ramos de la administración pública, la administración de la educación común, pero en la República Oriental, como en todo pueblo que en la misma situación política se encuentre, esa independencia es condición indispensable para tener éxito: sin ella la educación del pueblo seguirá el vaivén de las convulsiones políticas, y tendrá una existencia intermitente, débil y enfermiza"¹.

Quien lea algo de lo escrito por *Varela* encontrará allí múltiples protestas sobre la banalidad con la que cualquiera – irrespetuosamente – habla de la educación. Habría

¹ José Pedro Varela, La Legislación Escolar. Cap. XIV- De la independencia de la administración escolar.

que seleccionar algunos textos y distribuirlos – en mano – a gobernantes y legisladores, para que reflexionen sobre su contenido.

Se invoca el éxito de sociedades lejanas en resultados educativos. Al enterarse de los altos salarios que perciben los docentes ¿habrán reparado en que a lo largo de más de medio siglo, aquí se ha descalificado socialmente la función docente con salarios de penuria? ¿No será esa descalificación la que impulsa a transformar regresivamente, gremios en lo que llaman corporaciones? ¿Acaso ignoran que la tradición de los sindicatos ha sido luchar por la mejoría de su propio quehacer, pero siempre levantando la mira por encima del beneficio circunscripto, anhelando una sociedad mejor?

En la vida universitaria, reducir la democracia al acto de votar implica una limitación empobrecedora impuesta, de hecho, por nosotros mismos. También en la vida gremial, la existencia efectiva de democracia sólo se logra cuando existe participación. Ésta implica preocupación responsable, sin otro mandato que las ideas propias y la aspiración de llegar a una decisión compartida. A cada miembro perteneciente a la Universidad hay que exigirle mínimamente, interés y preocupación por la marcha de la institución y ejercicio de la libertad de opinión consciente y generoso. Digo generoso, porque su amplitud es mucho mayor que lo que a cada uno atañe directa y personalmente.

Como dice la Ley Orgánica, *la libertad de opinión y crítica* existe en todos los temas, aún cuando ella sea ejercida sobre cuestiones resueltas por el gobierno de la Universidad. La Ley habilita una convivencia libertaria entre todos y es propio de cada uno honrarla, ejerciéndola.

Si los estudiantes universitarios no se preocupan por las cuestiones de la Universidad no son sino usuarios de un servicio educacional. Si los docentes no lo hacen, no tienen allí más que una ocupación laboral con eventual beneficio para su progreso personal.

Quiero transmitir algunas opiniones acerca del quehacer enseñante en la Universidad. Obviamente no me referiré a planes y programas.

Lo esencial del quehacer se da en la intimidad educativa.

Entre las diversas modalidades mediante las que puede generarse esa intimidad, quiero destacar la importancia de la enseñanza activa. Son el mejor antídoto del riesgo de la pasividad y la rutina que nace casi inevitablemente en la exclusividad del monólogo profesoral propio de la docencia magistral. Ella hace del estudiante un atento aunque pasivo receptor. En algunos extremos, el estudiante se limita a incorporar y memorizar lo que recibe en las conferencias, para luego repetirlo en el examen.

Es cuestión fundamental *enseñar a pensar*. El ejercicio constante de la reflexión está en la base de una incorporación crítica del conocimiento y debe hacer posible llegar a los límites de lo que, en cada instancia, se sabe y se discute o se desconoce. Allí nace la inquietud por la creación del conocimiento. Enseñar a pensar genera la actitud y el hábito de cuestionar y liberar las ideas. El origen del trabajo científico radica siempre en las ideas.

Es muy sabia –y a la par bella– la expresión nacida de la reforma cordobesa respecto a que "en la intimidad educativa y por cultura de reunión se identifican los que enseñando aprenden con los que aprendiendo enseñan".

Recientemente se ha incorporado a la docencia universitaria un nuevo espacio educacional. Me refiero a la actividad docente en la comunidad.

La docencia en la comunidad no sólo permite la aplicación del conocimiento ya adquirido sino la prestación de un servicio –de muy diversos tipos y alcance– que genera beneficios a dadores y receptores.

En la comunidad se asocia la enseñanza con la extensión y, eventualmente, con la investigación. Es decir, se reúnen todas las funciones de la universidad.

El contacto directo de los estudiantes universitarios con la gente genera una corriente de comunicación – en paridad – que permite establecer relaciones personales que en los jóvenes contribuye a su formación integral. Para decirlo con una sola frase: *la relación con la gente, humaniza*.

Para una universidad de libre ingreso y enseñanza gratuita – con aulas masificadas – la formación integral de los estudiantes es un desafío que debe reconocer y aceptar.

La práctica de actividades –de muy variado tipo y de segura utilidad– en el espacio comunitario debe ser un *ejercicio curricularmente obligatorio* y, por tanto, reconocido.

En los barrios, la actividad de los estudiantes de toda la gran constelación de las profesiones de la salud no sólo apoya y complementa su propia formación profesional sino que aporta recursos humanos que hacen posible la inauguración de progresos tan importantes como por ejemplo, el desarrollo de la medicina familiar.

Los estudiantes de arte –artes plásticas y música– así como también los de humanidades, los de ciencias y tecnología, serían eficaces en escuelas primarias, liceos y escuelas técnicas. Aclaremos: no para sustituir a los docentes y enseñar, sino para apoyar e impulsar complementos educativos. Particularmente en los liceos y en la UTU se podría motivar fuertemente a los alumnos, ofreciendo actividades, contenidos temáticos y formas no tradicionales con fuerza motivacional renovada.

Los consultorios jurídicos que reclaman los barrios necesitan de la cooperación de los estudiantes. Y qué necesario estímulo y sorpresa sería para la gente que los de arquitectura conocieran sus viviendas y aplicaran sus conocimiento a problemas y cuestiones que aún no existen en sus talleres, pero que queman o congelan en la realidad.

Los de la constelación de las ciencias sociales son insustituibles. También hay lugar para las ciencias agropecuarias y para los de economía. Convocados, seguramente descubrirán su quehacer. Ni qué decir de todo lo que pueden aportar los de educación física.

Cada uno tiene cosas diferentes para aportar. No hay quien no las tenga. Todos recibirían un reconocimiento que no imaginan.

Así se ve que las posibilidades de inserción son ciertas y concretas.

Es el pueblo más postergado que, sin saberlo, los espera.

Mucho de lo expuesto ya ha tenido concreción en programas universitarios innovadores que existen y funcionan. Me refiero al Programa Ápex-Cerro y al Programa Integral Metropolitano. Me alegra augurar éxito a los Programas de Integración Territorial que se están proyectando en el interior.

Fue en las experiencias vivenciales del Ápex – compartidas con muchísimos y queridos compañeros – mediante una relación paritaria y fértil con la gente, donde descubrí, aprendí e incorporé lo esencial de cuanto he dicho.

Atendiendo a todo esto, más adelante me animaré a efectuar una propuesta.

Para prevenir las resistencias previsibles ante lo nuevo y adelantar su dimensionamiento, dos horas semanales en la comunidad, no exageran la carga horaria de ninguna carrera y aseguran una experiencia humana invaluable.

Hay una forma de caracterizar operacionalmente el aprendizaje de un estudiante en la comunidad: allí se aprende lo que no se puede apuntar en una libreta. Sin embargo, pienso

que lo aprendido se incorpora al alma y para siempre. El alma, ese reducto íntimo de la sensibilidad.

Cuando la universidad inserta sus estudiantes en la comunidad, literalmente se extiende, asociando la extensión con el aprendizaje.

La práctica de la extensión es ahora reconocida como función universitaria.

En la comunidad se reúnen naturalmente docentes de diversas disciplinas y allí se acostumbran a trabajar y pensar conjuntamente, lo cual tiene mucho significado y alienta progreso aún inédito.

Es un hecho comprobado el significado y la importancia que tiene para quienes practican la docencia, la investigación científica. Repercute beneficiosamente en la calidad del ejercicio de su función.

Si la ANEP instaurara para todos sus docentes –maestros y profesores de Secundaria y UTU– un período de superación académica – al estilo del año sabático – pienso que la Universidad de la República posee todas las posibilidades de cooperar.

En efecto, bastaría con adjuntar a esos docentes en período sabático a las cátedras, los departamentos y laboratorios de investigación afines a su disciplina y quehacer educativo, para que allí se integren a proyectos científicos en funcionamiento o en eventual ejecución.

La Universidad posee –en la actualidad– un número considerable de docentes con dedicación total y una cantidad bastante mayor de proyectos de investigación en curso, en todas las disciplinas del saber y en todas sus instituciones componentes.

Bien entendido: la presencia de los docentes en período sabático en el ámbito universitario no es para que reciban clases sino para que se incorporen temporariamente a la creación del conocimiento y se beneficie su formación como docentes.

En la valoración corriente de la ciencia se ha generalizado – en muchos ámbitos – una opinión de menosprecio por el conocimiento básico y fundamental, contraponiéndolo indebidamente a lo aplicado. Se efectúa la valoración exclusiva de lo práctico y sus aplicaciones, es decir, todo lo que puede redundar en utilidad inmediata.

La falsedad de la oposición es puesta en evidencia por la historia.

Toda la ciencia aplicada, que tiene espectacular expresión en el increíble e incesante desarrollo tecnológico, está precedida por el conocimiento básico, fundamental. Cuántas veces el investigador que crea conocimiento ignora la potencialidad de sus aplicaciones.

Un breve comentario histórico: Newton tuvo que crear conocimiento matemático trascendente para poder expresar sus ideas físicas. En cambio Einstein tuvo la suerte de que el lenguaje apto para la expresión de sus ideas había sido creado – algunos años antes – por un matemático que ignoraba la notable aplicación futura de su aporte.

Ya se había adelantado que en la generación de todo trabajo científico están – antes que todo – las ideas y la reflexión. El equipamiento imprescindible es necesario y muchas veces costoso, pero viene después. Por eso en los jóvenes hay que estimular el hábito de pensar. A algunos les parecerá riesgoso porque estimula el ejercicio de la libertad y puede hacerlos críticos. Sin embargo, es preciso ser libres para crear y construir.

La ciencia ofrece un rasgo peculiar. Si existe una frontera entre lo que se conoce y lo que se ignora, cuanto más se sabe más lucidez se genera para detectar lo que se ignora. Porque para saber más hay que problematizar científicamente lo que se ignora y cuánto más éxito tiene el saber ya alcanzado, tanto más se aproxima y mejor detecta lo que todavía se ignora. La ignorancia – con seguro porvenir – se erige en el estímulo que desafía al quehacer. Esa suerte de interacción dialéctica entre ignorancia y saber es lo que hace progresar la ciencia.

Si bien los científicos son, en su enorme mayoría, hombres cargados de buenas intenciones, hay que saber que el conocimiento científico no está preservado del mal uso. Desgraciadamente, la inversión en esfuerzos científicos para la guerra ha de seguir siendo enorme y siniestramente mayor que lo invertido en el bienestar de la humanidad. Debilidad de los hombres, gravísima violación de la moral. Es una vergüenza. Viene registrándose desde hace muchísimos años. Nuestra época puede hacer cínica exhibición de su contribución a esta triste vergüenza.

Finalmente, hay que desalambra los límites institucionales para progresar en nuestro abordaje científico de los problemas de la sociedad. Su complejidad exige, naturalmente, la participación multidisciplinaria.

El futuro, la plenitud y la calidad de nuestro aporte depende de la cooperación fraterna y desprejuiciada de equipos que, sin renunciar a su saber específico, sean capaces de construir un lenguaje para la comprensión común.

No es imposible. La música sinfónica da el ejemplo. Cada instrumento ejecuta y aporta el sonido que le es peculiar. El todo resulta del ensamblamiento armónico de esa diversidad. En los equipos de investigación multidisciplinaria todos quienes participan, intervienen –además– en la elaboración de la partitura.

La percepción de la importancia que tienen en nuestra convivencia los hechos sociales así como el involucramiento de la Universidad, estimula mi atrevimiento para opinar y aun proponer.

Se ha dado un proceso progresivo en la comprensión de cuánto interviene la sociedad en la generación de situaciones diversas y problemas que la afectan. Éstos son de su propia responsabilidad.

Hace un siglo y medio, el patólogo alemán *Rudolf Virchow*, que hacía autopsias, advirtió sobre la existencia de una causalidad de naturaleza social en múltiples enfermedades padecidas por los seres humanos. Algo similar le ocurrió, mucho después, a *Salvador Allende*.

Hace más de medio siglo que los expertos de la Organización Mundial de la Salud convocados para definir la salud, asociaron al bienestar físico, el psicológico y el social.

No hace tanto tiempo, en una reunión científica, oí afirmar al querido y respetado Profesor Alfredo Ramón Guerra que la misma bacteria que genera una diarrea grave en un niño – hijo de una madre ignorante – pudiendo terminar con su muerte, produce tan sólo una enfermedad banal en otro niño cuya madre está advertida acerca de los cuidados primarios que son necesarios desde los comienzos de la enfermedad.

Las enfermedades son diferentes pese a que el germen bacteriano – como agente etiológico – en ambos casos es el mismo. Quien determina el desenlace es la diferencia sociocultural de las madres. Es la pobreza – tan asociada a la ignorancia – la que establece una alianza siniestra con la bacteria.

Hay sociedades que por su estructura promueven miseria y enfermedad. Por lo contrario, la justicia habilita a la sociedad para promover salud y bienestar. Por lo dicho, en materia de equidad social, el médico no puede ser neutral.

En nuestra sociedad – que quizás una mayoría indulgente considera justa al compararla con otras similares – acontecen episodios delictivos que generan inseguridad y temor. En algunos de ellos hay participación de jóvenes. También la violencia doméstica se ejerce cotidianamente y no particularmente por parte de los jóvenes. No tiene tanta publicidad.

Otras cuestiones que preocupan son el ausentismo escolar y la deserción. Como resultado, hay jóvenes deficitariamente capacitados que no estudian ni trabajan.

Todo lo referido no son sino **síntomas** de una enfermedad que afecta –de un modo u otro– a todo el cuerpo social. La respuesta delictiva salvaje coexiste con una insuficiencia moral y cultural. Existe, también, una respuesta indolente. La indolencia es porque no se siente el dolor. Muchos no están en condiciones de sentirlo.

Las propuestas públicamente anunciadas en términos de "mano dura" y la posibilidad de encarcelar precozmente a los adolescentes, apuntan – sin ninguna garantía de eficacia – sólo a los síntomas. No se ataca la esencia de la enfermedad ni pegando ni encarcelando precozmente. Más allá de proyectos "rosados", las cárceles serán un postgrado de aprendizaje delictivo. Estas propuestas podrán tener, a lo sumo, eficacia electoral.

También la atención principal de los medios de comunicación – que mayoritariamente optan por el sensacionalismo – ha sido puesta en los síntomas, no en lo que hay atrás de ellos: la enfermedad y sus verdaderas causas.

*La enfermedad de barrios enteros radica en la **inequidad**, que tiene su aspecto territorial más concreto y circunscrito en la **marginación** en la que viven y sufren esos barrios y sus habitantes.*

Sobre la enfermedad y sus causas no hay suficiente advertencia ni reflexión. Las noticias abundantes son acerca de los **síntomas**. Entonces, en lugar de asumir la responsabilidad de todos, se la reduce a la de los ejecutantes. Se emplea, psicológicamente, un mecanismo defensivo.

Más allá de hechos delictivos que tantas veces constituyen una injustísima criminalidad, no se aprecia ni se siente que la delincuencia juvenil es una tragedia de la sociedad y allí tiene su raíz.

De modo análogo al que la afectación de un órgano genera un estado de enfermedad que involucra al ser humano entero, la afectación de un sector de la sociedad si bien es, sin duda, expresión del malestar y el agravio que sufre directamente ese sector – por analogía con la enfermedad médica – debe ser también reconocido como una enfermedad que afecta al ser social entero.

Quizás sea mi formación profesional la que me lleve a establecer una suerte de equivalencia topológica entre contenidos de las ciencias médicas que pertenecen a la patología del ser humano con anomalías y sufrimientos de la sociedad. Éstos configurarían una disciplina científica que debería denominarse **patología social**.

La inequidad es una enfermedad grave de la sociedad entera. Pertenece pues, a la patología social.

La misma analogía me indica que nada vale pretender atenuar síntomas (terapia sintomática) sin atacar la enfermedad entera (terapéutica integral de la enfermedad).

Si la sufrimos tenemos que asumirla. Ése es el verdadero desafío y hay que volcar todos los esfuerzos para poderla tratar.

Permítaseme enfocar ahora lo que concierne a nuestra Universidad. Para hacerlo es necesario recordar –en esta época y ante ustedes– el artículo de la Ley Orgánica que expresa los **fines de la Universidad**. Tras lo que es obvio y clásico en todas las universidades del mundo agrega que la universidad “*debe contribuir al estudio de los problemas de interés general y propender a su comprensión pública. Le incumbe asimismo acrecentar, difundir y defender la cultura así como también defender los valores morales, los principios de justicia, libertad y bienestar social al igual que los derechos de la persona humana*”.

La definición de los fines tiene – en sentido muy general – contenido ideológico. Siento que adjudica, también, responsabilidades éticas.

A partir de 1918 y merced a la respuesta histórica de los estudiantes de la Universidad de Córdoba, las universidades de América Latina fueron sintiendo y comprendiendo que

debían **estar al servicio del pueblo**. De allí surgió la extensión universitaria como forma instrumental. Denota claramente el carácter latinoamericano de nuestra Universidad.

En tiempos recientes – en el período que podríamos llamar de la predictadura – la Universidad dio respuesta a los principales problemas de la sociedad mediante declaraciones públicas de real y valiente compromiso con lo preceptuado en sus fines. Podría decirse que su estricta fidelidad a la ética fue lo que determinó la intervención de la dictadura y el grave daño que sufrió.

En la época actual, *las declaraciones –por sí solas– no alcanzan*. Pienso que, constructivamente, deberíamos **proponer un gran emprendimiento nacional** de respuesta a la realidad que afecta a todo el cuerpo social. Obviamente se trata de una cuestión de interés general.

Si digo gran emprendimiento es porque nadie puede por sí solo y, a la vez, nadie debería quedar al margen de participar en la respuesta. Todos los que integran el cuerpo social, incluyendo obviamente al gobierno, sus ministerios y los diversos organismos públicos, tienen mucho para hacer y aportar. Naturalmente, la Universidad tiene lo suyo.

Veamos ahora sobre qué bases asentaría nuestra participación universitaria en acciones para superar la inequidad. Tras un breve comentario de pretensión conceptual y aclaratorio, expresaremos cómo podríamos encarar la forma y el alcance de nuestro sumando contribuidor.

Permítaseme expresar –ante todo– mi convicción personal plena en el sentido de que **las acciones transformadoras más eficaces para luchar contra la inequidad y la marginación deberían hacerse actuando en plena intimidad social**.

Con la expresión **intimidad social** nos referimos al entorno social en el cual la proximidad permite establecer relaciones personales de interacción directa y en paridad respetuosa, con reciprocidad.

Creo firmemente – por haber estado cerca de algunas y conocer de otras – que son las que se necesitan y hacen posible cambios y transformaciones de progreso. Las acciones de interacción personal no tienen espectacularidad ni son noticia, se van construyendo a su propio ritmo, *pero la persistente firmeza y el empeño*, unido a su multiplicidad cualitativa y diversa – grande y posible – contribuyen a la generación de cambios.

En la intimidad social, trabajando de mil maneras con la gente – todas válidas – se aprende que democracia implica participación. Que por cultura de reunión se llega naturalmente a la identificación. Se siente que el reconocernos "**diferentemente iguales**" – tal cual lo dijera con asombrosa profundidad un niño escolar – nos dignifica en la reciprocidad y genera un influjo de humanidad que a todos enriquece.

Funcionan en la intimidad social las *escuelas primarias y demás instituciones educacionales*. Los maestros tratan con sus alumnos, los niños, y a través de ellos, con las madres, las familias y los vecinos que han tenido, tienen o tendrán niños en la escuela de su barrio.

También las policlínicas de atención primaria de la salud funcionan en la intimidad. Dichos centros no sólo atienden a quienes acuden como pacientes sino que mediante la promoción y la protección de la salud, sus acciones llegan a todos. Además, son apoyadas e interactúan con Comisiones de Vecinos. Por lo expuesto quedan abiertas las posibilidades de desarrollar la medicina familiar y comunitaria. Cuánto podríamos contribuir a ello y cuánto progreso significaría.

Asimismo funcionan en la intimidad las organizaciones barriales que resultan de la conjunción de vecinos que tienen problemas, preocupaciones y aspiraciones compartidas, tanto por la salud como por la educación y el bienestar común. Un precioso ejemplo de ello es la gestación del "Policlínico Odontológico del Cerro". Su lema era: "Para que el Cerro

sonría". La iniciativa de gestación fue del Plenario de Organizaciones Barriales del Cerro. La Intendencia Municipal de Montevideo y el Programa Apex le dieron apoyos diversos. La academia tuvo su premio: surgió la odontología comunitaria.

Como ejemplos de programas impulsados por el gobierno a través de la OPP, cabe citar al Programa "Uruguay crece contigo" que ya llega a numerosísimas familias vulnerables y está orientado a la primera infancia.

El Ministerio de Desarrollo Social también tiene programas que operan en niveles de intimidad con importante apoyo de cooperación interinstitucional.

"La Huella" que fundara y alentara el admirable Luis Pérez Aguirre es un ejemplo de apertura de un surco transformador. También el movimiento "Tacurú" es un eficaz y visible generador de trabajadores. Estas menciones tanto de acciones públicas como de iniciativas de la sociedad civil, son ciertamente incompletas. Desearía que pese a la intención de no desconocerlas enumerándolas, la tarea de hacerlo no llegara a completarse nunca!

Este planteo no significa desconocer la necesidad e importancia de las medidas gubernamentales que en un nivel de generalidad – que podríamos llamar macro – se han adoptado. Si bien cumplen un rol imprescindible, no siempre pueden asegurar su llegada a la intimidad. No obstante son necesarias y están vigentes. Si la voluntad transformadora existe y la inversión de recursos en gasto social se ha hecho, ella está más que justificada. Es preciso decir que las formas de apoyo económico combaten el aspecto material de la pobreza, pero no pueden modificar las expresiones socioculturales de la misma.

Es la relación interpersonal directa, sin intermediación, la que permite que quienes actúen en la intimidad social realicen una suerte de acción catalítica que hace posible las transformaciones. Éstas son un proceso de construcción continua e infatigable que se da a lo largo del tiempo y que tiene su inercia inevitable. En la enorme mayoría de los casos las transformaciones no se pueden decretar ni percibir a través de resultados espectaculares. Los recursos financieros tienen efectos importantes pero sólo parciales y paliativos.

Para que haya transformaciones son imprescindibles los procesos catalíticos. En las catálisis biológicas el catalizador está presente en el lugar, junto a los actores. En los procesos sociales pienso que es lo mismo.

Obviamente, la respuesta para lograr el propósito que las anima, no puede ser inmediata. Modestia, continuidad y paciencia – entre otros atributos – hacen que las acciones en la intimidad social sean eficaces. Sus logros parciales deberían merecer mucha más atención y difusión. Obsérvese que en ellas actúan, paritariamente, locatarios y visitantes. No lo hacen en una confrontación sino en una concertación para alcanzar un mismo objetivo. Parte del éxito radica en la identificación alcanzada entre las partes. La acción es mucho más parecida a la persistencia de quien realiza una siembra y un cultivo que al resplandor del relámpago.

Los maestros, que son actores de primera magnitud, saben que aun en las zonas más carenciadas y dificultosas, que ellos conocen como nadie, hay brotes inestimables de salud y sensibilidad social, tanto en personas como en grupos humanos. Brotes que catalizan las posibilidades de transformación y progreso. Los maestros detectan a los antagonistas por excelencia de la inequidad. Por eso las escuelas son instituciones invalorable. Realizan un trabajo que, trascendiendo lo específico, es imprescindible por su alcance y trascendencia social. Aún no se han diseñado "pruebas PISA" para enterar a todos de su eficacia y su grado de compromiso.

Cuanto digo lo he apreciado directamente. También sé que no basta con apreciarlo. Todas las instituciones educacionales son lugares en los cuales, en forma coordinada, muy modesta y respetuosamente, podemos situar una parte de nuestra legión de posible y valiosa inserción humana.

La Ley Orgánica nos encomienda también, “*la defensa de los valores morales, de los principios de justicia, libertad y bienestar social, así como los derechos de la persona humana*”.

¿Qué vigencia tienen valores, principios y derechos humanos en las zonas de marginación e inequidad? ¿Cuál es la llegada de la cultura? La experiencia me ha mostrado la sensibilidad de la gente a las escasas expresiones culturales que llegan a quienes habitan barrios marginales.

¿Cuál es la justicia y qué clase de libertad y bienestar hay allí? Los derechos humanos son cuestión de todos; deberían regir también para quienes no saben que existen.

Nada de esto se decreta. El desafío es la construcción paciente de su vigencia, gestada en una convivencia respetuosa y digna.

Será una tarea muy larga e infatigable, para que alcance su arraigo. Y arraigar es, etimológicamente, lograr que valores, principios y derechos, echen raíces. A las raíces hay que nutrirlas para afirmarlas para siempre. En esta cuestión aparece, otra vez, la semejanza con la paciente labor del jardinero. Los beneficios de la sombra y el reparo que dan los montes así como las flores y los frutos de las plantas cultivadas, no llegan siempre a tiempo a quien sembró y cultivó con generosidad. Si se comprende bien la oportunidad que nos da nuestro breve tránsito vital: ¡qué importa!

Sin menospreciar otras formas de efectuar la extensión universitaria – en la situación actual – con la inequidad y la marginación como causas notorias del malestar social y, por tanto, problema principal de la sociedad, la antigua consigna de servir debería complementarse agregando que **la extensión es poner la Universidad al servicio del pueblo llegando al nivel de la intimidad social.**

La llegada es posible merced al enorme contingente humano que posee. La Universidad cuenta, actualmente, con más de 80.000 estudiantes.

Con orgullo podemos decir que hay estudiantes universitarios en múltiples regiones y ciudades del país. La Universidad está justificando territorialmente su honroso nombre.

Por tanto, tiene la oportunidad de actualizar funcionalmente, en el terreno, un gran contingente de actores sociales de enorme y muy variada calidad de aporte.

Si se acepta que todos los estudiantes deben realizar en el medio social actividades acordes con sus estudios profesionales, la Universidad dispone de un potencial humano formidable – con una magnitud temporal extraordinaria en horas de dedicación acumuladas – para extender su acción a decenas de miles de personas.

El sistema nervioso enseña cómo la naturaleza sabe llegar – sin excluir ningún territorio – a todo el cuerpo.

Los estudiantes insertos – mediante un buen diseño – en la intimidad del cuerpo social son, a la vez, actores y receptores que tienen capacidad de decisión y consulta.

Sólo en esto es posible superar la admirable llegada de modestas y especializadas terminaciones del sistema nervioso a todo el organismo.

Un buen diseño logrará que siendo muchos y diferentes, puedan llegar con eficacia y progresivamente a todos.

Es posible que al inicio, la voluntad de hacer se asocie con la torpeza. La persistencia y la ayuda docente, al poco tiempo, la volverán destreza.

Además, al recibir el reconocimiento sincero y espontáneo que se genera en la reciprocidad inherente a un modesto pero insustituible quehacer, la experiencia se vuelve invaluable para su propio desarrollo tanto humano como profesional.

Por oficio, creo conocer bastante a los estudiantes universitarios. Asociada a la juventud siempre está presente una actitud de nobleza y generosidad. Por eso tienen

disposición a la entrega y sólo reclaman y exigen, con derecho – como se dijo – garantías de utilidad en su quehacer. Esa percepción de utilidad los motiva y compromete aún más en su disposición a la tarea.

Si tomando conciencia de su insustituible accionar en la realidad social, se autoconvencen de la trascendencia de la tarea y, además, se atiende a su sentido crítico y creatividad, no van a fallar.

Por fin, una **reflexión ética** necesaria. Existe un alto contingente de jóvenes que accedieron a los estudios universitarios. Sin embargo, son sólo una pequeña parte entre la totalidad de los jóvenes de la sociedad. Más allá de su esfuerzo y sus méritos, constituyen una fracción privilegiada a la cual variadas circunstancias hicieron posible la llegada. Pese a que el ingreso sigue siendo libre y los estudios gratuitos, no todos pueden acceder. Ese privilegio no puede generar aristocracia. Obliga a una reflexión ética que compromete una respuesta moral.

Como se dijo, los fines de la Universidad son especificaciones conceptuales de la tarea institucional. Para su concreción real y efectiva es necesaria la contribución de todos: estudiantes y profesores.

Ningún estudiante puede quedar ajeno a su cuota de responsabilidad en el cumplimiento y la actualización real y perceptible de esos fines. Para que alcance plenitud, no alcanza la enunciación. Es necesaria la acción, pues el privilegio de nuestra condición universitaria sólo se redime con la entrega de trabajo para beneficio de la sociedad.

La participación y el comportamiento responsable en la concreción de la tarea social trasciende la obligación curricular tradicional y consabida. La extensión del quehacer a la sociedad queda determinada por la necesidad consciente de honrar una obligación moral.

La pluralidad de nuestras aptitudes – que resulta de la diversidad profesional y cultural de nuestros quehaceres universitarios – enriquece enormemente la posibilidad de un trabajo útil e insustituible en el sector social que más urgentemente lo necesita.

El servicio, además, no sólo dignificará la condición humana de quienes participen sino que responderá y cumplirá con lo que mandatan los fines de la institución.

Ahora expresemos lo que atañe éticamente a la institución entera. Nuestra Universidad de la República es una casa de la educación y la cultura. En esta tierra – cada vez más toda nuestra – deberíamos multiplicar nuestra residencia y dispersar nuestros agentes catalíticos de salud y bienestar social por doquier.

Son los fines institucionales quienes imponen responsabilidades en la defensa de valores, principios y derechos, para aproximarnos verdaderamente a la justicia.

Sólo los estudiantes pueden llegar en persona a todas partes. La prioridad es estar en donde más necesitan nuestra presencia. La tarea es urgente.

Los tan mentados valores no se incorporan por conferencias, sino que se gestan pacientemente en la dignidad de la convivencia. Así lo irá haciendo el propio vecindario excluido, en cada barrio. Sabemos que en todos ellos hay gérmenes propios. En todas partes existe la fuerza ética de la solidaridad.

La Universidad debe decidir si está dispuesta a actuar como proponente y promotora de un programa multi-institucional inclusivo – es decir que no excluya a nadie y acople la eficacia de la participación de todos – para dar ineludible respuesta a la exclusión social y a la marginación.

Si así fuera, con la perspectiva de un **emprendimiento nacional**, son necesarios múltiples acuerdos y convenios que establezcan los compromisos de aporte de cada uno. La organización de la tarea será un desafío. En dicho programa, la Universidad – sin pretender

protagonismo responsable, que a nadie se le ocurriría otorgar – tendrá su modesta e intransferible parte.

Cuando digo esto no puedo evitar que aparezca, sin convocarlo, un refrán. Como tal, ese viejo refrán es condensación de sabiduría popular: "querer es poder".

Si el gobierno y los demás convocados acaso no quisieran ¿podríamos hacer nuestra parte específica si es que realmente nosotros lo queremos? Con total sinceridad diré que todavía no nos hemos dado cuenta de nuestra enorme fuerza transformadora, tanto en cantidad como en la amplitud y multiplicidad de su calidad. Personalmente pienso que no sólo podríamos sino que, atendiendo a nuestro mandato institucional, deberíamos. Si llegamos a las zonas de marginación podría decirse que aquellos que viven una exclusión social oprobiosamente vigente, no están excluidos sino comprometidamente incluidos en la preocupación y los esfuerzos de la Universidad.

Una vez más y por fin, recordemos lo que es obvio: lo contrario de excluir es incluir.

Es posible comentar variadamente cuanto hemos dicho. Algunos podrían tildarlo de *ingenuo*. Yo mismo tengo dudas acerca de que en esa crítica no haya verdad.

Si la anotación del curso de la vida se hiciera en una trayectoria circular finita, en la que el final natural e inevitable se acerca al momento del nacimiento, se apreciaría que cuando el individuo envejece, en diversas cosas se va pareciendo curiosamente al niño. Es más frágil y necesita más cuidados que, a veces, el afecto exagera. Pero hay algo sorprendentemente beneficioso: se recupera la ingenuidad.

Sería muy triste que la propuesta no fuera sino un ejercicio fantasioso, una expresión de ingenuidad.

También hay quienes podrían decir desde una perspectiva de invocación científica y política, que estas propuestas no son sino *caritativas*. El calificativo sirve para desvalorizar la eficacia real de la propuesta sin que ello implique desconocer la bondad de su intención. La palabra caritativa, invoca, en su raíz etimológica latina, al amor. Es conocido el aforismo de la antigüedad: "*omnia vincit amor*" (el amor todo lo vence) enunciado por el poeta *Virgilio*. Data de hace muchos siglos. ¿El paso del tiempo lo habrá hecho perder sentido?

También la generosidad y la solidaridad: ¿estarán pasando de moda?, ¿se habrán vuelto un arcaísmo?

Dijo no hace tanto – en poética protesta – el español León Felipe: "*Ya no hay locos, señores. No hay más locos. Se murió aquel manchego y todo el mundo está cuerdo, terriblemente cuerdo*".

Por el contrario: qué sensatez tan grande e ignominiosa – enemiga de sí misma – ha tenido la humanidad para preservar a través de tantos siglos, la ambición de poder, los abusos de autoridad, la miseria y la injusticia – entre tantas otras lacras – que a despecho y contrariedad con el progreso de la ciencia, aún persisten y campean por todas partes.

Este abuso que he hecho de la libertad de opinión, me obliga a pedir disculpas. Ha sido, para mí, una oportunidad de depuración de mi conciencia universitaria que agradezco aún más que el título.

Por todo lo que precede, no encuentro palabras de mayor optimismo y convicción moral para enfrentar la injusticia y luchar por abatirla, que aquéllas con las que finalizara su tercera conferencia a los obreros paraguayos, el libertario español – *Rafael Barrett* – que llegara a nuestras tierras platenses y ribereñas a principios del siglo pasado. Tuvo – *como tantos, antes y después* – el valor de enfrentar persecución y castigo, porque sus actos fueron consecuentes con sus ideas.

Dijo a los obreros paraguayos: "*A pesar del dolor y la injusticia, la vida es buena. Debajo del mal existe el bien, y si no existe el bien lo haremos existir y salvaremos al mundo aunque no quiera*".

PVC/mtf
(13/06/14)